



Antonio de Icaza: la alegría de servir, investigación y entrevistas por Mónica Toussaint, México, Instituto Matías Romero-Secretaría de Relaciones Exteriores (Historia Oral de la Diplomacia Mexicana, vol. 5), 2009, 421 pp.

En México, a diferencia de lo que ocurre en otros países, los funcionarios públicos no suelen escribir memorias. Por fortuna siempre hay excepciones. Existen más de setenta testimonios de miembros del Servicio Exterior Mexicano, tanto de carrera como asimilados, cuyos autores ocuparon una amplia variedad de rangos y destinos. Se trata de un conjunto muy diverso de narraciones, desde artículos breves hasta libros de gran extensión; desde recuentos autobiográficos hasta diarios y epistolarios. Estos testimonios, escasamente utilizados hasta ahora, enriquecen la historia diplomática pues, a diferencia de los informes, los discursos, las declaraciones y otras fuentes oficiales, permiten contemplar las circunstancias de quienes ejecutaron la política exterior y, en esa medida, comprender mejor el desarrollo de los acontecimientos. Conocer, por ejemplo, la red de contactos, las inquietudes y la percepción de la realidad de actores clave contribuye a una mayor comprensión de la génesis de ciertas iniciativas o la lógica de determinadas decisiones.

Hace algunos años, la Secretaría de Relaciones Exteriores emprendió un ambicioso proyecto que busca escribir su historia dando voz a destacados diplomáticos mexicanos. El volumen más reciente de esta colección contiene las memorias de Antonio de Icaza, mismas que enriquecen de manera significativa este corpus de testimonios.

Antonio de Icaza (Berlín, 1938) puede ser considerado el diplomático mexicano por antonomasia. Ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1956. Durante sus más de cuatro décadas de trayectoria profesional ocupó múltiples cargos en México y el extranjero, tanto en el ámbito bilateral como en el multilateral. Durante su paso por la Secretaría, en reconocimiento a su labor, estableció marcas que no han sido superadas. Con sólo 33 años se convirtió en el embajador de carrera más joven de la historia del Servicio Exterior, con 44 años fue designado embajador eminente y con 60 años, estando en plena actividad, el Presidente de la República le otorgó el nombramiento de embajador emérito, la máxima distinción a que puede aspirar un diplomático mexicano.

Icaza pertenece, además, a una de las familias de mayor raigambre en el Servicio Exterior. Su abuelo, Francisco A. de Icaza, fue ministro en Alemania y España, en las primeras décadas del siglo XX; su padre, Francisco de Icaza y de León, fue embajador en Reino Unido, Guatemala, Argentina y Japón, y su hermano, Carlos A. de Icaza, ha sido subsecretario para América Latina, embajador en Ecuador, Argentina, Bélgica, Japón y los Estados Unidos de América, y actualmente se desempeña como embajador en Francia.

Su relato resulta de gran valor para conocer la diplomacia mexicana durante la segunda mitad del siglo XX, en particular, la naturaleza de las relaciones con América Latina, y el quehacer de México en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y los Organismos Internacionales en Ginebra. En lo que respecta a América Latina, Icaza aborda las muchas aristas de la política de México hacia la región, donde pasó más de quince años como embajador en Nicaragua (1971-1974), El Salvador (1974-1977), Brasil (1980-1986) y Venezuela (1991-1994). Da cuenta, por ejemplo, de las dificultades que suponía la visita de Anastasio Somoza en reciprocidad a la que había realizado a

Managua el presidente Gustavo Díaz Ordaz, y cómo el gobierno del presidente Luis Echeverría lidió con este espinoso asunto. Asimismo habla del “aislamiento” que sufría la representación diplomática en El Salvador, a mediados de los años setenta, en virtud de que México no mantenía relaciones diplomáticas con cinco de los 20 países que contaban con embajadas en ese país. Su narración aborda la estrecha relación con Brasil, a comienzos de los ochenta, que fue el resultado de la coincidencia de puntos de vista con respecto al conflicto centroamericano y la crisis de la deuda externa, así como la intensidad que alcanzó la relación con Venezuela, especialmente en el ámbito económico, en la primera mitad de la década de los años noventa.

Icaza estuvo al frente de la representación permanente ante la OEA de 1986 a 1991, en una etapa particularmente compleja para México. En esos años, el organismo estaba sujeto a fuertes presiones para que interviniera en la promoción de los derechos humanos y la democracia. La postura del gobierno de México era contraria a cualquier escrutinio del exterior. De forma clara y detallada, narra el esfuerzo de México para, por un lado, evitar que la OEA llevara adelante sus propósitos y, por el otro, colaborar con la Organización a fin de evitar el aislamiento. La consecución de ambos objetivos exigió mucha habilidad e imaginación. En sus memorias resultan de gran interés, por ejemplo, las negociaciones para lograr que la observación internacional de los procesos electorales fuera sólo a petición expresa del gobierno del país en donde fueran a celebrarse comicios.

El embajador Icaza estuvo ligado a los Organismos Internacionales en Ginebra, el principal foro mundial para la negociación y la adopción de instrumentos vinculantes en materia de derecho internacional humanitario, desarme y promoción y protección de los derechos humanos, en tres momentos distintos: entre 1962 y 1964, en la segunda mitad de los años setenta y entre 1995 y 2001, cuando fungió como representante perma-

nente. Por tanto acumuló una gran experiencia. A lo largo de su relato, el lector tiene acceso a las posiciones que defendió México en estos temas, las iniciativas que impulsó, los aliados que encontró y los obstáculos a los que tuvo que hacer frente. Asimismo puede asomarse al mundo de la diplomacia multilateral, que se caracteriza por la complejidad y lentitud de los procesos de negociación y las vicisitudes para construir consensos y lograr avances. Resulta particularmente interesante el recuento que hace de la participación de México en la Comisión de Derechos Humanos entre 1995 y 2000. En su opinión, el hecho de que nuestro país fuera objeto de numerosas críticas por parte de instancias como el Comité sobre la Discriminación Racial, el Comité contra la Tortura y el Comité para la Eliminación de la Discriminación de la Mujer, fue resultado, paradójicamente, de la decisión del gobierno de colaborar plenamente con los mecanismos de protección de los derechos humanos y de someterse a su escrutinio.

Las memorias de Antonio de Icaza fluyen de manera natural y no están exentas de gran sentido del humor. Además, están salpicadas de anécdotas y pequeñas historias que ilustran las diversas facetas del quehacer diplomático. Sobre todo, dan cuenta de acontecimientos de relativa importancia, cuyos detalles se ignorarían si no fuera por el testimonio de sus protagonistas o de quienes fueron sus testigos. Entre estas anécdotas y pequeñas historias figuran la fallida visita del presidente Adolfo López Mateos a La Paz, Bolivia, aun cuando formaba parte de su gira por Sudamérica; la falta de coordinación en el envío y distribución de ayuda en el terremoto de Managua de 1972; el “regañó” que recibió de la Secretaría de Relaciones Exteriores por haber conseguido el apoyo escrito de El Salvador a la candidatura de Echeverría a la secretaría general de la Organización de las Naciones Unidas, y el desencuentro entre el canciller Fernando Solana y el secretario adjunto para América

Latina de los Estados Unidos de América, Bernard Aronson, al inicio de la reunión de consulta de la OEA dedicada a la invasión de Panamá.

Es interesante destacar que, en sus memorias, Icaza no omite críticas a algunos aspectos de la política exterior. Sin problema, el autor expresa su desacuerdo con la candidatura de Echeverría a la secretaría general de la ONU por considerar que no era viable y su oposición a la apertura en México de una oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos. También lamenta la falta de continuidad de las iniciativas hacia África y rechaza, por inoperante, la acreditación múltiple de diplomáticos mexicanos en dicho continente.

Es habitual en los libros autobiográficos que los autores eviten tratar determinados acontecimientos o asuntos que les correspondió atender o que sólo hablen de ellos de manera somera. Icaza no es la excepción. Habría resultado de gran interés que abundara sobre algunos sucesos de los que deja constancia: las presiones de Estados Unidos a México para que se involucrara en la Guerra de Viet Nam y las “delaciones y cacerías de brujas” en la Secretaría de Relaciones Exteriores a raíz de la matanza de Tlatelolco en 1968. A más de cuarenta años de distancia es poco probable que cayera en indiscreciones si hubiera proporcionado mayores detalles. Su testimonio, en cambio, habría ayudado a conocer mejor un capítulo trascendente de la relación de México con los Estados Unidos de América y un episodio traumático de nuestra historia reciente.

En síntesis, *Antonio de Icaza: la alegría de servir* resulta un libro muy valioso para conocer la actuación de México en el exterior en la segunda mitad del siglo xx, que tanto prestigio dio a nuestro país. Con sus memorias Icaza presta a la diplomacia mexicana un nuevo y relevante servicio.

Gabriel Rosenzweig